

IV. LA DEFENSA DE LA SÍNTESIS CRÍTICA

§ 1. *El despertar de los wolfianos*

[Cf. *La deducción* III, 370-443]

LA FILOSOFÍA trascendental, a la que Kant acababa de consagrar veinte años de esfuerzos, se mueve en un doble plano: examina primero el comportamiento de la razón pura en todos los órdenes del conocimiento *a priori*; pretende construir, después, bajo el nombre de metafísica natural y moral, el sistema de la razón pura. La obra crítica en su tricotomía desempeña, pues, frente a semejante sistema, el papel de una propedéutica que trata de elucidar previamente, en todos sus detalles, el método del conocimiento metafísico. Nada asombroso, en este caso, que sus discípulos más perspicaces hayan interpretado de esta manera las declaraciones más auténticas del maestro, y que traten de levantar el sistema cuya ejecución Kant había siempre retrasado, por propia confesión. Por el juego normal de las interpretaciones en torno a su doctrina, esta distinción tan clara entre propedéutica y sistema se esfuma a partir de 1787 y se borra completamente más adelante.

El criticismo se confundirá, desde ahora, poco a poco, con la metafísica simplemente, y la suerte de ambos será estrechamente solidaria. La defensa de su sistema coincide así para Kant, aun por causa de esta confusión, con la defensa de la filosofía sin más.

Las circunstancias contribuyeron en gran parte a esta confusión. Por haber sacudido a la filosofía alemana de su sopor, el criticismo se convierte rápidamente en su punto neurálgico,

en polo de atracción para unos, en blanco de ataque para una masa heteróclita de adversarios. La fortuna del criticismo despierta las discusiones literarias y científicas, mientras se calman las animosidades psicológicas, morales y estéticas. En una palabra, tanto por el número de sus discípulos como por el de sus rivales, Kant podía considerarse el maestro del momento.

Esto no quiere decir que en un solo impulso toda Alemania abrace su doctrina. Por el contrario, los críticos no descansan y se inspiran en fuentes muy diversas. Los unos tienen los ojos vueltos aún hacia el pasado y defienden su patrimonio contra la amenaza de invasión del criticismo; los otros miran hacia el futuro, y abusan del criticismo extrayendo de él consecuencias que el maestro no había previsto y que no tuvieron la suerte de placerle enormemente, porque —con una asombrosa seguridad de visión— Kant entrevió con claridad los peligros de la inhábil estrategia de sus discípulos. Kant tenía que enfrentarse, pues, simultáneamente a dos campos: tenía que defender la originalidad de su doctrina contra sus adversarios, y su integridad contra sus discípulos.

La resistencia frente a la amenaza kantiana se organizó por dos lados a la vez, según el espíritu que animaba a sus jefes; los unos por el espíritu inglés progresista, los otros por el espíritu wolfiano conservador. La mentalidad anglosajona se muestra, primero, bajo la forma benigna del eclecticismo, que disimula un empirismo bastante anodino copiado de un Locke vulgarizado y que, como todos los eclecticismos, alberga en una síntesis frágil ideologías heteróclitas. Denuncia el pretendido escepticismo de un método metafísico dispuesto en torno al principio de la limitación de los fenómenos y ataca el apriorismo, resultado —dice— de un razonamiento sofisticado que consiste en concluir, de la necesidad de un fundamento subjetivo, la suficiencia exclusiva de este fundamento. Y estos eclécticos fueron numerosos. Hacia 1790 cobra importancia el escepticismo alemán con Platner, Schultze y Maimon, que se colocan bajo la tutela de Hume. Ahora bien, Kant, a pesar de la tesis de la limitación, se había separado de Hume, reemplazando el juego del hábito psicológico al que Hume había recurrido por el mecanismo trascendental, y creía con esto haber vencido a Hume en su propio terreno. Ahora bien, nuestros escépticos siguen en parte a Kant, así como éste había

hecho causa común con Hume, pero se esfuerzan por mostrar cuán grande era su ilusión cuando publicaba, *urbi et orbi*, su boletín de victoria. Descubren, en efecto, como Πρωτον Ψευδος de todo el criticismo, que la objetividad radica exclusivamente en el hecho de que los conceptos *a priori* funcionan como condiciones de la experiencia, pero de una experiencia que no se confunde con la percepción ordinaria y que es ya ella misma una construcción puramente racionalista. El problema planteado por Hume, lejos de haber sido resuelto, permanece completo. Por otra parte —y es aquí donde vemos a amigos y adversarios confundirse en el espíritu de Kant— nuestros escépticos la toman con cierta predilección contra la *Vorstellungstheorie*, inventada por Reinhold y presentada por él como el comentario auténtico del sistema crítico. Schultze, en su *Anesidemo*, veía en esta teoría el preludio de un nuevo dogmatismo y la deshacía con mano maestra, pero al través de Reinhold no podía evitar alcanzar a Kant. Si esta crítica ecléctica-escéptica tuvo un éxito doctrinario incontestable, que al mismo tiempo irritará a Kant contra sus alumnos imprudentes, fue en cambio de corta duración, puesto que dejó de producir efectos apreciables a partir de 1794.

Fue, por otra parte, eclipsada por el recuerdo de Leibniz. Los escépticos apenas se mostraban apasionados; pero ocurría de otra manera con los wolfianos, que tenían un bien que defender y una tradición que salvaguardar. Bastante gris durante la constitución de la síntesis crítica, la respuesta wolfiana estalla de pronto en 1789; tiene como jefe de fila a Eberhard, quien no se cansaba de repetir que todas las aportaciones felices del criticismo se encuentran en la filosofía de Leibniz y que todo lo que no se encuentre en ella es obra de sofista. Ulrich y Brastberger, dos pensadores de envergadura del mismo campo, aumentan el alcance de esta resistencia; pero Eberhard fue el luchador que aceptó, que incluso provocó el combate. Él mismo, autor de un sistema completo de filosofía dogmática, profesor destacado en la primera universidad de Alemania, en Halle a/S., fundó en 1789 una revista trimestral, el *Philosophisches Magazin*, con el fin de cruzar su espada con el criticismo y de medirse con su autor. La revista tuvo una vida breve, pero poco nos importa, pues sólo el primer tomo nos interesa.

A decir verdad, Eberhard desarrollaba una sabia estrategia. Quiere defender al orden antiguo contra el orden nuevo, a Leibniz contra Kant; y lo hace como sectario inteligente aunque prevenido. Se eleva contra la pretensión kantiana de considerar a su filosofía personal la única filosofía crítica posible, y de negar así todo valor crítico a la de Leibniz y Wolf. No contento con esto, trata de hacer considerar al criticismo, en su parte verdadera, como un injerto atrofiado del dogmatismo. Leibniz —argumenta— tiene todo el apriorismo de Kant, pero Kant tiene además la limitación. Ahora bien, el apriorismo es verdadero y la limitación es falsa. Lo que equivalía, en suma, a refutar el criticismo con los *Nuevos ensayos*. Con este fin, Eberhard somete a toda la *Crítica de la razón pura* a una censura severa. En el primer tomo, deja a su colega Maas el cuidado de discutir las posiciones de la estética y las antinomias, es decir todos los problemas relativos al espacio y al tiempo, y se encarga él mismo de la teoría de la objetividad e indirectamente de la posibilidad de la metafísica.

La revolución copernicana, imagen penetrante, que ha hecho fortuna por otra parte y de la cual se sirve Kant para anunciar el criticismo, consiste en considerar que el objeto se regula por el espíritu, y que el gran defecto de toda la metafísica anterior reside en el sofisma de tener por objetivo lo que no es, en suma, más que subjetivo. Ahora bien —dice Eberhard—, no es verdad que lo objetivo dependa únicamente de lo subjetivo. La objetividad no es una cuestión de ser, sino de validez, y en relación a este último es indispensable distinguir la forma y la materia. La corrección de la forma de nuestros conocimientos depende únicamente de la conformidad con los principios de contradicción y de razón suficiente, principios formales que rigen todo el conocer. Eberhard establece la validez objetiva de estos dos principios. En cuanto a la materia, Kant reduce el contenido objetivo de los conocimientos sólo a los datos espacio-temporales, sensibles; porque no admite que el hombre tenga capacidad de intuición intelectual, ligando así indisolublemente el entendimiento a la intuición sensible de los datos y a la pura discursividad de los conceptos. Ahora bien —dice—, esta limitación de la capacidad intuitiva es puramente arbitraria. Por consiguiente el entendimiento y la razón tienen una materia propia: las

esencias universales de las cosas sensibles y lo metasensible en general. Mientras la unicidad de la intuición sensible sea una suposición gratuita, no se puede decir que Leibniz haya sido refutado por la *Crítica*.

Esta actitud defensiva general es corroborada y vivificada constantemente por el examen fragmentario de las grandes tesis críticas. Así, Eberhard niega que Leibniz sólo haya distinguido la sensibilidad del entendimiento de acuerdo con el factor lógico de la claridad. En efecto, Leibniz no definió el fenómeno como lo confusamente representado, sino como lo confusamente representado por los sentidos, y esta definición responde a todas las exigencias propias de una definición trascendental, tal como Kant la concibe. Niega, por otra parte, la originalidad de la otra distinción entre juicio analítico y sintético, pretextando que en el sentido kantiano los wolfianos la conocían ya; con excepción, sin embargo, de la reducción del juicio analítico a una pura tautología. En fin, denuncia la insuficiencia del criticismo en el problema del origen del conocimiento — que escapa completamente a nuestra investigación. El conocimiento empírico consiste en lo percibido; el objeto de lo percibido es, a su vez, una representación. De lo contrario, el objeto de lo percibido sería la cosa en sí. Por tanto el conocimiento empírico no tiene fundamento fuera de nosotros. No lo tiene tampoco en nosotros porque allí también habría que poder ir hasta esta *Ding an sich* incognoscible para Kant. Kant no ha logrado decir más que esta proposición muy simple: el fundamento del conocimiento es X, es decir, un desconocido indeterminable. Ocurre exactamente lo mismo con el conocimiento *a priori* o con las categorías. No vienen de los sentidos ni tampoco, por consiguiente, de una cosa externa. No son innatas. Nos llegan, pues, de una manera oculta, como nuestros conocimientos empíricos. Todas estas discusiones persiguen el único fin de reducir las pretensiones del criticismo y demostrar la superioridad crítica de la metafísica y de la epistemología leibnizianas.

He ahí el aspecto general de la estrategia de Eberhard: ¿Cómo va Kant a parar el golpe? El momento no se prestaba nada a una vigorosa contraofensiva, puesto que la *Crítica del juicio* estaba aún en preparación y absorbía todos sus cuidados. Pero una rápida respuesta le pareció, sin embargo,

necesaria, y Kant envía a Reinhold, en medio de una bonita colección de injurias dirigidas a Eberhard, sus observaciones, con la autorización de servirse de ellas a discreción. Una vez liberado de la última *Crítica*, Kant redacta un artículo contra el *Magazin* para la revista de Schütz, artículo que, de septiembre de 1789 a Pascuas de 1790, toma las proporciones de un libro, el cual verá efectivamente la luz hacia fines de abril de este mismo año bajo el título de *Über eine Entdeckung nach der alle neue Kritik der reinen Vernunft durch eine ältere entbehrlich gemacht werden soll*. Dado que esta obra es un acto de protesta y una obra de *self-defense*, no nos encontraremos probablemente con novedades sensacionales. A lo más tendremos algunos enfoques o precisiones útiles, provocados por la incompreensión de sus adversarios.

La estrategia de Eberhard —que procedía con una habilidad que no podría negarse a nuestro wolfiano— amenazaba gravemente al criticismo en su originalidad, como Kant lo comprendió en seguida. Eberhard quiso demostrar el carácter superfluo del criticismo, arguyendo su dependencia y su inferioridad frente a Leibniz. También Kant invertirá la situación tomando el recuerdo de Leibniz bajo su protección para golpear mejor a Eberhard. Por lo demás, Kant sigue paso a paso a su contradictor y conduce su contraofensiva en tres operaciones sucesivas: refuta, primero, el uso metasensible que Eberhard quiso salvar por el recurso al principio de razón suficiente y al elemento simple; refuta, en seguida, las objeciones presentadas contra el juicio sintético y, en fin, interpreta a su manera la doctrina de Leibniz, con el fin de mostrar que ella prefigura, mejor aún: que exige el criticismo.

Es en vano utilizar todo el contenido de una obra de pura polémica, porque comparado con las exposiciones anteriores del criticismo no permite casi entrever un progreso real en la doctrina. Algunos sondeos bastan para dar una idea de ella. Para comenzar con el juicio sintético, Kant se rebela contra la falta de sentido filosófico de su adversario cuando éste trata de rebajar el alcance de la distinción entre los juicios, que a los ojos de Kant era en realidad un *Hauptpunkt* en su doctrina. El verdadero problema, disimulado por esta distinción, es el problema de la posibilidad de la ampliación del conocimiento científico, puesto que el acrecentamiento del saber es la razón de ser de la ciencia humana en general. Aho-

ra bien ¿en qué se funda esta ampliación? En el orden de la física, llegamos a conocimientos nuevos no incluidos ya implícitamente en lo ya conocido, por la intuición *a posteriori*; pero el problema se vuelve angustioso, cuando perseguimos semejante acrecentamiento sin el apoyo constante de la percepción directa. El criticismo lo resolvió, mostrando cómo llegamos a ese acrecentamiento en el orden matemático sobre la base de una intuición *a priori*, espacio-temporal. En cuanto a la metafísica trascendente, que pretende suministraros la verdadera ciencia del ser, es claro que se engaña, puesto que rehúsa a las ideas puras la garantía de la limitación a la intuición correspondiente. Eberhard sólo manifiesta, pues, su poco sentido filosófico cuando rebaja el problema del juicio sintético a una simple cuestión de lógica formal.

Eberhard rehusaba también ver que el plan de la reflexión crítica sobrepasa la dimensión lógica, y la falsa asimilación de lo crítico a lo lógico demuestra la vanidad de su dialéctica. Se hace el apóstol del dogmatismo que predica la ampliación del saber objetivo por la razón pura, sin las limitaciones restrictivas de la intuición, y apoyándose en el alcance inconsideradamente inflado del principio de razón suficiente. No, el criticismo no es inutilizado por el wolfianismo, cuyo centro ocupa la metafísica analítica, no extensiva del saber. Este dogmatismo es esencialmente analítico, por tanto estéril en comparación con el fin verdadero de la ciencia. Eberhard se engaña frente a la tesis de la limitación, cuando percibe en ella un agnosticismo indemostrado y arbitrario. Por el contrario, la limitación prueba que la metafísica como ciencia es posible, pero que la metafísica no es necesariamente dogmática. Puede estar constituida por juicios sintéticos, extensivos del saber, a condición empero de que sean empleados y deducidos como condiciones necesarias de la posibilidad de la experiencia. Es fácil para todo lector atento comprobar que la defensa de Kant implica una brillante reafirmación de la originalidad de la síntesis crítica, que sobrepasa los puntos de vista utilizados en la *Crítica* y en los *Prolegómenos*. El ataque de Eberhard descansa en el equívoco de una identificación del criticismo con el wolfianismo, con el pretexto de algunas similitudes en las expresiones. Las dos actitudes son, sin ninguna duda, menos asimilables después del enfoque de Kant en su respuesta.

Somos conducidos al mismo resultado, por la larga diatriba y la dialéctica enredada de Kant, cuando discute la validez de la metafísica trascendente, que Eberhard tomaba bajo su protección. Este último debía preservar, en este punto, el patrimonio secular de una doctrina que permitió a Alemania entrar en el concierto europeo del pensamiento; preservar este patrimonio consistía en tomar la defensa de la validez objetiva, de nuestro saber metasensible contra la doctrina exorbitante de Kant, que contiene a la ciencia objetiva en los límites de la experiencia. Sobre esta cuestión Eberhard centró el debate entre Leibniz y Kant, debate que se desarrolla en tres planos; el principio de razón suficiente como clave del conocimiento de cosas; el ser simple, tipo universal del conocimiento desligado de las condiciones de lo sensible; y el paso de lo sensible a lo metasensible, practicado por la razón.

Eberhard razona de la manera siguiente: como el conocimiento tiene una forma y una materia es necesario demostrar la validez de estos dos elementos. La validez objetiva de la forma consiste en su conformidad con los principios formales del conocimiento, que son los principios de contradicción y de razón suficiente, y Eberhard prueba la validez del último principio deduciéndolo directamente del primero, en un silogismo que aún se arrastra, actualmente, en numerosos manuales. Por otra parte, el principio de contradicción es absolutamente objetivo, pues su negación implica la destrucción del pensamiento mismo, poco importa que sea aplicado a ideas o a cosas. En cuanto a la materia, Kant se engaña diciendo que la única materia justificable es la materia sensible. Hay más allá de ésta, la otra materia, que está constituida por los elementos no-sensibles sin los cuales las imágenes espacio-temporales no son posibles. El tiempo concreto es un compuesto de elementos simples, aisladamente imperceptibles. Por tanto lo simple absoluto se encuentra fuera de la intuición sensible. El espacio, a su vez, es un agregado de sustancias simples, aunque no se perciban más que los accidentes. Por tanto, el entendimiento es capaz de elevarse por encima de la esfera de lo sensible.

Kant tenía que responder seriamente a este retorno ofensivo de un wolfianismo pasado de moda. El recurso al principio de razón suficiente —dice Kant— no prueba más que la incompreensión de Eberhard, quien no es accesible a la noción de lo

trascendental. Un principio formal concierne únicamente a las condiciones de la forma del juicio, sin considerar su objeto; un principio trascendental concierne a la posibilidad *a priori* del objeto. Ahora bien, el principio de razón suficiente encierra ante todo un principio formal análogo al de contradicción y que se enuncia como sigue: "toda proposición tiene su *ratio cognoscendi*", y en seguida un principio trascendental: "toda cosa tiene su razón de ser" que no se puede ya reducir, esta vez, a la contradicción. Ahora bien, la fórmula neutra empleada por Eberhard es causa de una lamentable confusión entre los dos principios y vicia la prueba que de ellos se esboza.

Pero Eberhard quería más. No pretendía solamente mostrar *de jure* la objetividad del conocimiento metasensible, sino también mostrar por un ejemplo concreto que *de facto* esta objetividad es real. Se dirige para esto al ser simple, que es un puro inteligible y que, por añadidura, se encuentra en el fondo mismo de lo sensible. Ahora bien —dice Kant—, lo metasensible es un término singularmente equívoco en el espíritu de Eberhard. A veces designa lo que no puede ya ser percibido conscientemente en la representación sensible, otras el ser del que toda imagen sensible es imposible. Gracias a este equívoco puede demostrar que el espacio y el tiempo están compuestos por elementos simples y, en seguida, víctima de una increíble ilusión, que estos elementos simples son inteligibles. Ahora bien, es falso que el espacio y el tiempo estén compuestos por seres simples. Lo que es dado en ellos es divisible en tantas partes como lo son ellos mismos. Ahora bien, ellos son divisibles al infinito y ningún elemento simple puede sernos dado en este caso. Por tanto su materia es igualmente divisible al infinito. El error que se encuentra en la base de su razonamiento consiste en concebir el espacio y el tiempo como si fueran conceptos abstractos, como espacio y tiempo que pertenecen como notas comunes a una multiplicidad de tiempos y de espacios concretos. Se debe decir, en verdad, no que son abstractos, sino que son empleados *in abstracto*, es decir, haciendo abstracción de toda condición empírica. Eberhard se ha dejado extraviar por una falsa interpretación de Leibniz. Leibniz habló de la materia, sin duda, pero de una materia cuyo elemento simple, lejos de representar uno de sus fragmentos, constituía su fundamento metasensible, tesis perfectamente compatible con la doctrina crítica.

Por otra parte, es contradictorio dividir una intuición en elementos no-sensibles. Es evidente que, si ningún elemento constitutivo es perceptible por los sentidos, su total o la intuición compuesta no lo es tampoco. La falta de correspondencia de una imagen a un elemento no basta aún para elevar a éste al rango de lo metasensible: hace falta, para ello, su separación radical de la intuición. Por consiguiente las dos bases de que se ha servido Eberhard, como de un trampolín, se revelan deficientes. La tesis de la razón suficiente está viciada por la *ignoratio elenchi*; la del ser simple es notoriamente falsa.

¿Qué hay que concluir de allí para el método metafísico en su paso a lo metasensible, que Eberhard opone al método crítico? Este último limita el uso objetivo de la razón pura al dominio sensible; el de Eberhard conduce a una extensión indefinida e indefinible de esta razón. Eberhard se basa en las dos tesis precitadas para descubrir lo metasensible en lo sensible mismo: el espacio y el tiempo —dice él—, y en seguida el fenómeno sensible, tienen sin duda un fundamento subjetivo en el sujeto cognoscente, pero también un fundamento objetivo en el objeto. Kant lo reconoce en una concesión muy peligrosa por la desmesura de su expresión, demasiado explícita por otra parte para que la tomemos como un simple extravío del lenguaje. Con todo, felizmente la explicación que da quita a la concesión la mayor parte de su carácter peligroso. En efecto, el fundamento objetivo de los fenómenos, es decir la cosa en sí, no entra en el fenómeno sino que constituye su fundamento, tal como él es fuera del espacio y del tiempo. Reconozcamos, en todo caso, que este texto estaba expuesto a ser interpretado como si Kant reconociera un grado de cognoscibilidad cualquiera al mundo en sí, y Eberhard no dejó de interpretarlo de esta manera más tarde.

Es cierto, en todo caso, que esta corrección aproxima muy sensiblemente la estética kantiana a la de Leibniz, sin identificarse, sin embargo, con ella, pues Kant mantiene en todo su rigor la objeción de que todo depende, finalmente, de la falsa distinción entre la sensibilidad y el entendimiento. Para Leibniz lo sensible es la representación oscura; lo inteligible, la representación clara del objeto. Por ese hecho, se escamotea el verdadero problema, a saber: si hay un conocimiento al cual no puede corresponder ninguna intuición. Kant res-

ponde negativamente, Eberhard afirmativamente. Kant lo niega, porque hay entre nuestras facultades algo más que una diferencia de grado en la claridad lógica de las representaciones. Ellas se distinguen por el origen y por el contenido. No hay, pues, entre ellas ninguna identidad fundamental, de donde se sigue que no se puede transmutar, por esfuerzos de clasificación, una especie de conocimiento en la otra.

Teóricamente habría un medio de salvar la metafísica trascendente con sus pretensiones wolfianas. Sería recurrir a una intuición intelectual que procure una materia puramente inteligible. Ahora bien, el criticismo ha admitido la posibilidad teórica de tal intuición, pero su irrealidad en el orden humano. No tenemos más que intuición sensible. Por otra parte, el innatismo, suprema esperanza en esta coyuntura, debe ser rechazado; creo que es superfluo volver a tomar aquí el texto, justamente célebre, en el que Kant rechaza categóricamente la peor de las soluciones al problema trascendental. Todas nuestras representaciones son adquiridas: sólo la receptividad y la espontaneidad de nuestras facultades de conocer pueden ser consideradas como coexistentiales con el pensamiento humano. Esta receptividad consiste en la capacidad humana de tener representaciones espaciales, pero no designa nunca una representación del espacio. Se sigue de ahí que el intento de salvación de la metafísica trascendente, al que se entrega Eberhard, peca por su base: la falsificación de la naturaleza de la sensibilidad. Ahí se encuentra el punto en que los caminos de Leibniz y de Kant se bifurcan irremediabilmente, y ahí tenemos el punto preciso en que toda habilidad de interpretación de textos resulta vana, cualesquiera que sean los esfuerzos que se intenten para llevar el criticismo al seno de Leibniz.

Kant intenta lo contrario: quiere llevar a Leibniz al seno del criticismo, usando la última parte de su obra, parte más pintoresca que convincente. Eberhard había hablado en nombre de Leibniz y no había escondido que lo consideraba superior a Kant. Ahora bien, Kant creyó que era buena política conceder a Leibniz el máximo compatible con su propio pensamiento, sin conceder nada a su representante, con el fin de hacer brillar a los ojos de todo el mundo en qué medida Eberhard estaba cerrado para el sentido profundo del pensamiento leibniziano. Su tarea consiste en mostrar cómo

los temas propios de Leibniz prefiguraron, con cierta timidez aún, las tesis críticas mismas. Kant recurre sucesivamente al principio de razón suficiente, a la monadología y a la armonía preestablecida.

Leibniz —dice— no puede haber pensado seriamente en erigir el principio de razón suficiente en ley objetiva de la naturaleza. Por el principio de contradicción sólo conocemos lo que forma ya parte del contenido de un sujeto lógico. Si pretendemos conocer algo que lo sobrepase hace falta una razón que legitime este suplemento de información. Ahora bien, el principio de razón sanamente interpretado equivale a la afirmación de la ineluctabilidad de una razón particular, fuera del contenido lógico de un sujeto, en el conocimiento sintético. El principio no hace, pues, más que abrir la perspectiva de investigaciones metafísicas que sobrepasan el dominio lógico. Leibniz no efectuó estas investigaciones. Postuló, precisamente por nuestro principio, las investigaciones a las que Kant se ha consagrado.

La monadología, por otra parte, no ofusca al criticismo, más que comprendiéndola mal. Leibniz fue demasiado buen matemático para no darse cuenta de que la composición del cuerpo por seres simples es incompatible con la enseñanza evidente de las matemáticas. Por tanto, la concepción monadológica no se plantea para el cuerpo en tanto objeto sensible, sino que se refiere únicamente al sustrato incognoscible de este cuerpo, al mundo inteligible. Ocurre lo mismo con la armonía preestablecida: el alma y el cuerpo son distintos en tanto sustratos incognoscibles de fenómenos, pero sus fenómenos no son distintos. Puesto que el fenómeno es una representación y unifica las relaciones entre las facultades que lo constituyen, hay que buscar el sentido verídico de la armonía leibniziana en el modo de unión de nuestras facultades. Ahora bien, su armonía es fácilmente descubrible *a priori*, gracias a su colaboración en la experiencia posible. El esquematismo constituye, pues, el fundamento de la armonía de nuestras facultades en vistas a la constitución formal de la experiencia. Ahora bien, de esta armonía formal, resulta inmediatamente la armonía en su constitución material, en virtud del principio crítico de que las condiciones de la experiencia son también las condiciones del objeto de experiencia. Por tanto, la armonía entrevista por Leibniz en los obje-